

EL ALBA

El Herald de la Presencia de Cristo



EL ALBA

Vol. 36, No. 6

Noviembre - Diciembre 2021

CONTENIDO DE ESTE

*Publicada bimestralmente por
Dawn Bible Students Association
División en español
PO Box 521167
Longwood, FL 32752 U.S.A
www.dawnbible.com*

*Todos los derechos reservados.
Sírvase notificarnos inmediatamente
su cambio de domicilio. Incluya la
etiqueta de envío de su revista, e
envíela juntamente con su nueva
dirección.*

Precio anual: US \$6.00 (6 números)

ALEMANIA: Tagensbruck Bibelstudien-
Vereinigung, Alzeyer Str. 8 (Postfach 252),
D 67253 Freinsheim

ARGENTINA: El Alba, Calle Almirante
Brown 684, Monte Grande, Buenos Aires
estudiantesdelalbiargentina@gmail.
com

AUSTRALIA: Berean Bible Institute, PO
Box 402, Rossana, Victoria, 3084

BRASIL: PO Box 521167, Longwood, FL
USA 32752

CANADÁ: PO Box 1565, Vernon, British
Columbia, V1T 8C2

COLOMBIA: A.A. 7804, Medellín, Antioquia

ESPAÑA/ITALIA: El Alba, Via Ferrara 42,
59100 Prato - Italia

FRANCIA: L'Aurore 45, Avenue de Gou-
vieux, 60260, Lamorlaye

GRECIA: He Haravgi (The Dawn) PO Box
521167, Longwood, FL USA 32752

INDIA: The Dawn, Blessington, #34, Ser-
pentine St., Richmond Town, Bangalore
560025

ISLAS BRITÁNICAS: Associated Bible
Students, 102 Broad Street, Chesham
Bucks HP5 3EB

EVENTOS SOBRESALIENTES DEL ALBA

La Resurrección -
Primicias y Postrimerías 2

ESTUDIOS INTERNACIONALES DE LA BIBLIA

El amor firme de Dios 13
El justo juicio de Dios 16
Alabanza por la liberación 19
Morar en la casa del Señor 22

VIDA Y DOCTRINA CRISTIANA

La Pascua de la Nueva Creación
Parte 3 25

The Dawn - Spanish Edition November-December 2021

Publicada en Alemán, Español, Francés
Griego, Inglés, Italiano, Portugués.

A menos que se indique lo contrario la traducción de la
Biblia usada en esta revista es la versión Reina-Valera
edición de 1960.

Printed in USA

La Resurrección

Primicias y Postrimerías

***“Más ahora Cristo
ha resucitado de los
muertos; primicias
de los que durmieron
es hecho.”***

— 1 Corintios 15:20

MIENTRAS SEGUIMO

viendo la forma en la que la humanidad lucha contra la maldición adámica de pecado y muerte, debemos encontrar consuelo de la Palabra de la Verdad

sagrada de Dios. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna.”. (Juan 3:16) Tanto el regalo del Hijo de Dios unigénito como el Redentor del hombre y su resurrección de la muerte, tal como se confirma en nuestro texto de apertura, son de vital importancia en el gran plan de las edades que el Creador está elaborando para la bendición final para la raza humana.

La Biblia nos garantiza que los todos los propósitos de Dios se llevarán a cabo con éxito. (Isa. 55:11) Fue el plan del Padre que Jesús renunciara a su vida humana perfecta para redimir a Adán y a su posteridad. (Marcos 10:45; Rom. 5:12,19; 1 Cor. 15:21,22) No obstante, esto no fue suficiente para proporcionarle a la humanidad una esperanza renovada de por vida. Jesús también tendría que ser

resucitado, porque un Mesías muerto no podría completar la tarea de reconciliar al mundo con Dios.

PRUEBAS INDUBITABLES

La Biblia nos informa que Jesús, luego de su resurrección, se mostró ante sus apóstoles “con muchas pruebas indubitables” durante cuarenta días. (Hechos 1:3) Más tarde, Pablo hizo una lista de muchas de ellas y añadió “Y el postrero de todos, como a un abortivo, me apareció a mí”. (1 Cor. 15:3-8) Cuando Jesús se mostró ante los demás testigos, se materializó en un cuerpo de carne para permitirles que lo vean y se comuniquen con él, pero en el caso de Pablo, se realizó un milagro de carácter distintivo.

El apóstol Juan escribió: “aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él apareciere [Cristo], seremos semejantes a él, porque le veremos como él es”. (I Juan 3:2) Se le promete una resurrección a toda la iglesia, incluso a Pablo, y la exaltación a la “gloria, honra e inmortalidad”, así como asociarse a Jesús, compartiendo su gloria celestial. (Rom. 2:7; 8:16,17) Esto es lo que implica ser “nacido del Espíritu”. (Juan 3:5,6) Al nacer del espíritu, será posible ver a Jesús “como es”. Respecto a nuestra comprensión humana, aquellos que serán de su clase serán cambiados en la resurrección a una nueva naturaleza, la naturaleza divina.—Fil. 3:20,21; 2 Pe. 1:2-4

No obstante, Pablo explica que vio a Jesús resucitado como “como a un abortivo”. En otras palabras, Paul vio un poco del Jesús divino, aunque él mismo no había alcanzado el nacimiento Espiritual. Solo fue una visión momentánea del Maestro en su gloria y solo fue posible por un milagro. Incluso así, el brillo de aquello que vio encegueció a Pablo. Fue un testimonio convincente de que Jesús se había resucitado de entre los muertos, un tes-

timonio que, complementando aquel de los demás testigos “indubitables”, sirvió para corroborar esta verdad fundamental para todos quienes tenían “oídos para oír”.

De esta forma, sin incertidumbre, la seguridad de Pablo ha llegado a través de los siglos, incluso hasta nuestro día, respecto a que “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos”. Esta es una verdad bendecida y creer en ella es esencial para ser un cristiano. No obstante, por más extraño que parezca, han existido algunos seguidores de Cristo declarados relacionados con la iglesia que no han creído en la resurrección de los muertos.

Hubo algunos de ellos en la iglesia en Corinto, el grupo en función del cual se escribió este maravilloso capítulo sobre la resurrección. (1 Cor. 15:12) Pablo indica que estos no creyeron para nada en la resurrección y que, si bien posiblemente no habían aplicado su incredulidad a Jesús, él muestra que significaría justamente esto, ya que si en el plan de Dios no se hace ninguna provisión para la resurrección de los muertos entonces “Cristo tampoco resucitó”. Asimismo, el apóstol añade: “Y si Cristo no resucitó, vana es entonces nuestra predicación, vana es también vuestra fe—Vv. 13,14

Jesús murió para redimir al hombre de la muerte, pero el Redentor muerto no pudo restaurar a aquellos por los que murió. Si Cristo no fue resucitado de entre los muertos, no existe un “simiente” de promesa para bendecir a todas las familias sobre la tierra y nadie para cumplir todas las promesas Mesiánicas que recibieron los profetas. (Gál. 3:8,16) Si Cristo no fue resucitado, nunca puede haber un reino mundial de paz bajo su gobierno justo. (Isa. 9:6,7; Ap. 11:15) Qué importante que es, de hecho, la resurrección de Jesús en la ejecución de los propósitos de Dios. Este es un bien ejemplo de la forma en la que todo el plan de Dios se mantiene en pie. No podemos rechazar

una parte de él sin dañar su totalidad.

El hecho de que Jesús haya sido resucitado de entre los muertos es en sí misma una maravillosa verdad, pero su plenitud de significado es enfatizado por Pablo en la afirmación de que él se ha vuelto las “primicias de los que durmieron fue hecho”. Simplemente, esto significa que, dado que Jesús fue resucitado de entre los muertos, todos los demás que se encuentran dormidos en la muerte serán despertados, tanto los de la clase de la iglesia como el mundo, “cada uno en su orden”.—1 Cor. 15:23

FRUTOS DE LA COSECHA

Al hablar sobre la esperanza de un futuro período de juicio “con justicia”, el cual requiere el despertar de los muertos, Pablo declaró que Dios “dando fe a todos con haberle levantado [Cristo] de los muertos”. (Hechos 17:31) Como hemos notado, el apóstol dice que Jesús fue hecho “primicias de los que durmieron” en estado de muerte. Este término primicias es muy significativo y es uno de los que Pablo tomó prestado del Antiguo Testamento.

En el uso de este simbolismo, nos ha hecho saber otra verdad importante. En los acuerdos divinos con la nación de Israel, Dios recibió los primeros frutos de cada cosecha como un ofrecimiento para él. (Lev. 23:9-11) Este Jesús prefigurado, quien como las “primicias” también fue ofrecido al Padre Celestial. Esto fue, en su caso, un ofrecimiento de él mismo y en relación con este ofrecimiento, fue la voluntad divina que él debiera morir como el Redentor de la iglesia y del mundo. Jesús fue, simbólicamente hablando, “plantado” en la muerte y, como un grano de trigo, cayó en la tierra. Durante su ministerio en la tierra, él explicó que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, él solo queda; más si muere, mucho fruto

lleva. (Juan 12:24), Jesús, al ser plantado en la muerte, no se quedó solo. Fue resucitado de entre los muertos y fue hecho las “primicias” de aquellos que durmieron. De esta forma, habrá una gloriosa cosecha de todos quienes están en sus sepulcros, las “postrimerías”, porque a su debido tiempo oirán su voz y “saldrán a resurrección de vida”— Juan 5:28,29

En algunos cuadros del Antiguo Testamento se hace referencia a “las primicias de los primeros frutos de tu tierra”. (Éxodo 23:19) Los israelitas vieron las primicias como una indicación y promesa de que una mayor cosecha aún por venir a medida que avanzaba el año. De forma similar, aquellos que creen en la labor redentora de Jesús lo ven como la esperanza para que todo el mundo de la humanidad sea devuelto a la vida, como Dios ha prometido a través de su Palabra. La Escritura anterior también posee un cumplimiento simbólico. Jesús es lo “las primicias de los primeros frutos”, pues también se habla sobre su verdadera iglesia como un ser de la clase de las primicias. (Sant. 1:18; Ap. 14:4) Como Jesús, estas se ofrecen ellas mismas a Dios y son “plantados juntamente en él a la semejanza” de la muerte de Cristo. (Rom. 6:5) Toda la clase de primicias es exaltada a la inmortalidad en “la primera resurrección,” habiendo obtenido la “gloria de los celestiales” Ap. 20:6; 1 Cor. 15:40

TRAER PRIMICIAS

Existe otra clase sobre las primicias que deseamos considerar. Se encuentra en Levítico 23:10 “Habla a los hijos de Israel y diles: «Cuando entréis en la tierra que yo os daré, y seguéis su mies, entonces traeréis al sacerdote una gavilla de las primicias de vuestra cosecha.»— La Biblia de las Américas

Este versículo destaca la obligación de Israel de darle

a Dios las primicias de la tierra de la promesa al entrar en ella. Tomando la instrucción de la afirmación de Pablo respecto a que estas cosas fueron un ejemplo para nosotros, buscamos la lección espiritual en él. (1 Cor. 10:11) Como seguidores de los pasos del Maestro, nosotros moramos en el espíritu de nuestras mentes, en la tierra del reposo prometido, estando seguros de que “Los que hemos creído entramos en ese reposo” (Heb. 4:3, LBLA) Habiendo entrado en este cielo espiritual, ¿qué “primicias” tenemos para ofrecerle a nuestro Padre Celestial?

Primero, hemos sido invitados a ofrecernos a nosotros mismos y guiados en esa labor por voluntad de Dios. “En el ejercicio de Su voluntad, Él nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que fuéramos las primicias de Sus criaturas”. (Sant. 1:18, LBLA) Pablo aclara más las primicias. “Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, aun nosotros mismos gemimos en nuestro interior, aguardando ansiosamente la adopción como hijos, la redención de nuestro cuerpo”. —Rom. 8:23, LBLA

Como se alude en el versículo anterior, los seguidores de los pasos de Cristo disfrutaban una única bendición. Ellos son los primeros en dar los frutos del Espíritu de Dios. Esta fructificación es diversa en sus manifestaciones. Nos dicen “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio”. (Gál. 5:22,23, LBLA) Que tales cualidades de carácter puedan florecer de forma abundante en el tiempo presente de prueba y dificultad es una gloria para Dios. Como Jesús indicó: “En esto es glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto, y así probéis que sois Mis discípulos.” Juan 15:8, LBLA

Dar los frutos del Espíritu también tiene otros efectos benditos. A medida que manifestamos más tales frutos en

nuestras vidas, se transmiten bendiciones a otros en el estrecho camino del sacrificio mientras disfrutamos de la comunión cristiana con ellos. Ellos son alentados y reconfortados por nuestro fruto espiritual y nosotros por ellos. Además, es una bendición para todos aquellos con los que tenemos contacto cada día. Por esta razón, nos esforzamos por dejar que nuestra “Así brille vuestra luz delante de los hombres”—Mat. 5:16

“Porque Dios no es injusto como para olvidarse de vuestra obra y del amor que habéis mostrado hacia Su nombre, habiendo servido, y sirviendo aún, a los santos”. (Heb. 6:10, LBLA) Nuestros frutos no quedarán sin apreciar ni recompensar, pero acumulará el tesoro Jesús habló: “No os acumuléis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre destruyen, y donde ladrones penetran y roban. Sino acumulaos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni la herrumbre destruyen, y donde ladrones no penetran ni roban; porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón”—Mat. 6:19-21, LBLA

Si ahora sembramos las primicias del Espíritu en experiencias difíciles, cosecharemos alegremente. El salmo habla poéticamente sobre esto. “Los que siembran con lágrimas, segarán con gritos de júbilo. Él que con lágrimas anda, llevando la semilla de la siembra, en verdad volverá con gritos de alegría, trayendo sus gavillas”. (Sl. 126:5,6, LBLA) En la resurrección, volveremos nuevamente con gritos de alegría y traeremos nuestras primicias para ponerlas delante de nuestro Rey en los Cielos.

ORDEN DIVINO

Tal como hemos notado, el término “primicias” implica postrimerías, por lo que el apóstol Pablo deja claro que Jesús y su iglesia no son los únicos resucitados de entre los muertos. “Porque, de la misma manera que todos

murieron en Adán” escribe, “también en Cristo todos volverán a la vida”. (1 Cor. 15:22, Nuevo Testamento de Williams) No obstante, hay un orden divino para esto. Como podría esperarse naturalmente, las “primicias”, habiendo demostrado su fidelidad al entregar su vida al servicio del Señor durante la presente Era del Evangelio, recibirán “la primera resurrección”. “La segunda muerte no tiene potestad en éstos” porque ellos recibirán la “naturaleza divina”. (Ap. 20:4-6) Luego de que la primera resurrección se haya completado, entonces el redentor de la humanidad, las postrimerías, resucitará de entre los muertos. (1 Cor. 15:23) De esta forma, su resurrección se realizará durante el reinado de mil años de la clase de Cristo, miembros de la cabeza y el cuerpo. “Porque es menester que él reine, hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será deshecho, será la muerte”.—Vv. 25,26

Durante la resurrección, Pablo explica que algunos recibirán cuerpos “celestiales”, mientras que otros recibirán cuerpos “terrestres” o humanos. (Vv. 40) Esta es la clase de las primicias que es exaltado con la gloria celestial en la resurrección. De aquellos en esta clase Pablo escribe: “Se siembra cuerpo animal, resucitará espiritual cuerpo”.—Vv. 44

El “primer hombre, es de la tierra”. Adán tuvo un cuerpo natural, que fue perfecto hasta que pecó. “El segundo hombre que es el Señor, es del cielo” de quien Pablo también dice “en espíritu vivificante [que da vida]”. (Vv. 45-47) La esperanza de aquellos que desean seguir fielmente los pasos del Señor Jesús será exaltada con gloria celestial y relacionado con “el postrer Adam” como aquellos que dan vida al resto de la humanidad. “La carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios” escribe Pablo. (Vv. 50) Esto hace referencia a las primicias, que

heredan el gobierno del reino, con una recompensa celestial. Todas las personas del reino serán resucitadas “carne y sangre” como seres humanos. Esta consumación del plan de Dios debe esperar hasta que aquellos de la clase de las primicias hayan sido exaltados con gloria. Pablo escribe respecto a la gloriosa conclusión de estas cosas: “Entonces se efectuará la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte con victoria”. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde, oh sepulcro, tu victoria?—1 Cor. 15:54,55; Isa. 25:8 Os. 13:14

Aquellos que son resucitados en el reino de mil años de Cristo como seres humanos recibirán tiempo para ser “enseñados de Dios” y aprender sus formas. (Isa. 54:13; Juan 6:45) Toda la reflexión de las palabras de Pablo en 1 Corintios es que durante ese período, todos los que no componen las “primicias” celestiales de la resurrección tendrán, sin embargo, la oportunidad de aceptar a Cristo y obedecer las leyes de su reino y, de esta forma, vivir para siempre en una tierra restaurada y perfecta.

Para que esto sea de esta forma, será necesario que la humanidad sea despertada del sueño de la muerte. Pablo escribe que Dios “todos los hombres sean salvos, y que vengan al conocimiento de la verdad” (1 Tim. 2:4) El cumplimiento de esto comenzará con el despertar de la humanidad del sueño de la muerte que dio como resultado la transgresión de Adán. Una vez resucitados de la muerte, serán iluminados y aprenderán todo sobre los principios de rectitud de Dios. Aquellos que se conviertan en suyos durante ese tiempo, a través de la creencia y obediencia al corazón, serán restaurados a la perfección de la vida y vivirán para siempre.

VICTORIA SOBRE LA MUERTE

La “victoria” sobre la muerte de la iglesia y el mundo

es posible solo a través de Cristo y porque se entregó a sí mismo en la muerte como un “rescate por todos”. (1 Tim. 2:5,6) Esta victoria se manifiesta en la resurrección y es mediante el sacrificio del perfecto “Jesucristo hombre” que la esperanza de la vida futura para todos los que han muerto se hace posible, así como por la desobediencia del perfecto hombre Adán, la muerte fue traída al mundo.

Qué importante es que continuemos firmes en estas simples verdades del plan de Dios, centrados en Cristo. “Porque participantes de Cristo somos hechos, con tal que conservemos firme hasta el fin el principio de nuestra confianza”. “Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es vano”—Heb. 3:14; 1 Cor. 15:58

En la actualidad no hay muchos que le prestarán atención a este mensaje hermoso y simple. Sin embargo, esto también era cierto en la época de Pablo. Siempre ha sido verdad y continuará de esa forma hasta que Satán esté atado y ya “no engañe más a las naciones”. (Ap. 20:3) No obstante, los designios de Dios se están cumpliendo. La parte más importante de esto para los hijos de Dios es nuestra propia preparación para asociarnos a Jesús en la labor del reino demostrando ser dignos de ser parte de la clase de “primicias”.

EN SÍNTESIS

La esencia de esta lección se expresa en nuestro texto temático: “Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho”. Otros han sido despertados del sueño de la muerte de forma temporal, pero subsecuentemente murieron nuevamente, como el caso de Lázaro. (Juan 11:1-44) No obstante, respecto a Jesús, Pablo dice: “Sabendo que Cristo, habiendo resu-

citado de entre los muertos, ya no muere: la muerte no se enseñoreará más de él”. El mismo Señor resucitado también testificó: “Y el que vivo, y he sido muerto; y he aquí que vivo por siglos de siglos, Amén. —Rom. 6:9; Ap. 1:18

Las Escrituras nos aseguran que pronto el glorioso reino de promesa se manifestará a sí mismo con “grande poder y gloria” para la bendición de todas las familias de la tierra. (Isa. 40:5; Mat. 24:30) Con esto se garantiza que la paz y la buena voluntad pronto se establecerán en toda la tierra y que, el pecado, el egoísmo, la enfermedad y la muerte serán destruidos. Además, la Biblia promete que todos aquellos que han muerto serán despertados del sueño de la muerte, que ellos también podrían compartir las bendiciones del reino Mesiánico. Todas estas esperanzas, y más, son aseguradas porque Jesucristo murió como el Redentor del hombre y fue resucitado de entre los muertos por el gran poder de Dios.

Con toda seguridad, la Biblia promete que se acerca un nuevo día de oportunidades para todos, que Dios ha hecho cierto mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos. Citando una vez más las palabras de Pablo, afirma respecto a Dios: “Porque Él ha establecido un día en el cual juzgará al mundo en justicia, por medio de un Hombre a quien ha designado, habiendo presentado pruebas a todos los hombres al resucitarle de entre los muertos”. (Hechos 17:31, LBLA) ¡Regocijémonos en estas maravillosas verdades contenidas en la Palabra de Dios!■

El amor firme de Dios

Versículo Clave: “Sabed que Él, el SEÑOR, es Dios; Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo Suyo somos y ovejas de Su prado.”

***— Salmo 100:3, La Biblia de las Américas
Escritura
Seleccionadas:
Salmo 100:1-5***

EL SALMO 100 ES UNA advertencia para agradecer y alabar a nuestro amado Padre Celestial. Comienza con las palabras, de la traducción de LBLA, “Aclamad con júbilo a DIOS”, una expresión encontrada en todo el Libro de Salmos. (Sl. 66:1; 81:1; 95:1,2; 98:4,6) Dicha alabanza con júbilo es deseada de parte de “toda la tierra”. Aquí, la palabra

“tierra” es un símbolo que representa a toda la humanidad.—Sl. 22:27

En el versículo 2 de nuestra lección, el salmista nos enseña a acompañar nuestras alabanzas con nuestras acciones. Él escribe: “servid al SEÑOR con alegría”. De forma similar, el profeta Jeremías escribió: “Cuando se presentaban Tus palabras, yo las comía; tus palabras eran para mí el gozo y la alegría de mi corazón”. (Jer. 15:16, LBLA) Como en el caso de Jeremías, la palabra de Dios debería darnos nuestra mayor alegría y deberíamos alimentarnos de sus palabras. Además, nuestra obediencia al seguir las instrucciones y principios del Señor, junto con todo servicio que podamos prestarle a él y a su pueblo, debe hacerse

de forma voluntaria y con alegría.

En el versículo 3 se nos indica que reconozcamos y tengamos completa garantía de que nuestro Padre Celestial es el único verdadero Dios. El salmista escribe: “Sabed que Él, el SEÑOR, es Dios; Él nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos”. (LBLA) Asimismo, Pablo les dijo a aquellos en Atenas: “El Dios que hizo el mundo y todo lo que en él hay...puesto que es Señor del cielo y de la tierra” y él “no mora en templos hechos por manos de hombres; ni es servido por manos humanas como si necesitara de algo, puesto que Él da a todos vida y aliento y todas las cosas”. (Hechos 17:22-25, LBLA) Cuánta humildad esto debería darnos ante nuestro Padre Celestial, darnos cuenta que él no necesita nada de nosotros, ni somos indispensables para que él elabore sus planes y propósitos.

En el resto del versículo 3 el salmista expresa el amor firme de Dios por aquellos que se esfuerzan por servirle y seguir sus principios. Él escribe “pueblo Suyo somos y ovejas de Su prado”. (LBLA) Al igual que un pastor vigila, protege, conduce, guía y cuida amorosamente de su rebaño, así lo hace nuestro Padre Celestial de la misma forma para todos aquellos que se esfuerzan por seguirlo.

El versículo 4 nos indica “Entrad por sus puertas con reconocimiento, Por sus atrios con alabanza”. Todos aquellos quienes continuamente muestran agradecimiento al Señor por todos sus misericordias y bendiciones son llevados a no tener en cuenta sus vidas como algo precioso, sino que están alegremente dispuestos a poner sus vidas a su servicio divino.—Hechos 20:22-24; Fil. 3:7,8

Sus corazones están llenos de alabanza, habiendo hecho una plena consagración de sí mismos. De esta forma, la luz celestial y la comida que se les suministra de la Palabra de Dios les permite regocijarse, incluso en sus tribulaciones. (2 Cor. 1:3-6; 7:4) Sin la fuerza e iluminación de la Palabra

de Dios, dichas tribulaciones los desalentarían. Sin embargo, dado que han entablado una relación especial con el Padre Celestial y claman “preciosas promesas” que ha dado, están alegres con su camino cristiano. (Rom. 8:17; 2 Pe. 1:4) Cuando su peregrinaje de su vida presente haya terminado, y si son fieles hasta la muerte, recibirán una resurrección celestial y la plenitud de la alegría y entrarán “en el gozo” del Señor en un sentido pleno y completo. —Mat. 25:21,23; Ap. 2:10 ■



© Morphart-stock.adobe.com

El justo juicio de Dios

Versículo Clave: “Y juzgará al mundo con justicia; con equidad ejecutará juicio sobre los pueblos.”

—**Salmo 9:8,**

La Biblia de las Américas

**Escritura
Seleccionadas:**
Salmo 9:1-14

UN ATRIBUTO DE DIOS

por el que damos gracias su justa justicia y juicio. El salmista expresa su agradecimiento indicando: “Alabaré al SEÑOR con todo mi corazón”, es decir, con toda nuestra devoción, voluntad y sentimientos.—Sl. 9:1, LBLA

La razón para dicho agradecimiento se indica en el versículo 4 “Porque tú has mantenido mi derecho y mi

causa; te sientas en el trono juzgando con justicia”. (LBLA) La justicia y el juicio justo son elementos fundamentales del carácter de Dios. En otro lugar se afirma: “La justicia y el derecho son el fundamento de Tu trono; la misericordia y la verdad van delante de Ti”. (Sl. 89:14, LBLA) Estos atributos de Dios se enfatizan en todo el libro de los Salmos. —Sl. 96:10; 98:9

El juicio justo se basa en principios establecidos y puros, sin parcialidad, y dado con amor. Dios desea que todos aquellos que lo busquen también aprender a desarrollar la justicia y un justo juicio en nuestras vidas. Tal como nos dicen en el libro de Proverbios: “El hacer justicia y derecho es más deseado por el SEÑOR que el sacrificio”—Prov. 21:3, LBLA

Hoy en día en la sociedad existe una falta de rectitud en el comportamiento y varias veces una falta de justicia. Sin embargo, Dios ha prometido que esto no siempre será así. Él ha prometido que pronto vendrá el momento cuando su reino en la tierra se establecerá, cuando, como indica nuestro Versículo Clave: “Y juzgará al mundo con justicia” y “con equidad ejecutará juicio sobre los pueblos”.

El apóstol Pablo da una prueba más de cuándo y cómo dicho justo juicio será establecido en toda la tierra, indicando que Dios “porque Él ha establecido un día en el cual juzgará al mundo en justicia, por medio de un Hombre a quien ha designado, habiendo presentado pruebas a todos los hombres al resucitarle de entre los muertos”. (Hechos 17:31, LBLA) Aquí la palabra “juzgará” se traduce de la palabra griega *krino*, es decir, el proceso de un juicio, más que un simple veredicto. Dios designó a su unigénito Hijo, Jesucristo, como el juez principal y en ese momento “los moradores del mundo aprenden justicia”.—Juan 5:22; Isa. 26:9

La palabra “día” en las Escrituras se utiliza con frecuencia para representar un período, en lugar de veinticuatro horas literalmente. (Heb. 3:8,9) Pedro indica cuánto durará el “día” del juicio del mundo e indica que “para el Señor un día es como mil años”—2 Pe. 3:7,8, LBLA

El salmista indica que el día de juicio de Dios será un momento de regocijo y alegría porque “con equidad ejecutará juicio sobre los pueblos. Alégrense los cielos y regocíjese la tierra...delante del SEÑOR, porque Él viene...a juzgar la tierra. Él juzgará a los pueblos con equidad y a los pueblos con Su fidelidad”.—Sl. 96:10-13, LBLA

Jesús tendrá a jueces asociados con él, aquellos que hagan una consagración completa para hacer la voluntad de Dios durante la presente Era Evangélica y quienes

prueben ser “fiel hasta la muerte”. (Ap. 2:10) Pablo confirma esto, indicando: “¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo?” (1 Cor. 6:2, LBLA) Estos jueces asociados son descriptos por el apóstol Juan de la siguiente forma: “También vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y se les concedió autoridad para juzgar. ...Serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con Él por mil años”.—Ap. 20:4,6, LBLA ■



© Morphart-stock.adobe.com

Alabanza por la liberación

Versículo clave:
“Entonces en su angustia clamaron al SEÑOR, y Él los libró de sus aflicciones.”
— ***Salmo 107:6,***
La Biblia de Las Américas

***Escrituras
Seleccionadas:
Salmo 107:1-9***

EL SALMO 107 comienza con la frase “Dad gracias al SEÑOR, porque Él es bueno” (LBLA) Cuánto deberíamos agradecerle a nuestro Padre Celestial, especialmente porque “para siempre es Su misericordia”. Dios demostró su amor por la humanidad dándole su unigénito Hijo “Cristo Jesús hombre, quien

se dio a sí mismo en rescate por todos”—Juan 3:16,17; 1 Tim. 2:5,6

Como resultado del sacrificio de rescate de Jesús toda la humanidad fue “redimida de la mano del adversario”. (Sl. 107:2, LBLA) No obstante, el restablecimiento de la humanidad en armonía con Dios aún no ocurrió, porque durante la Era Evangélica actual se ha extendido un llamamiento o invitación celestial durante casi dos mil años por toda la tierra, a todos aquellos que estén dispuestos a dedicar plenamente su vida para obedecer y servir a nuestro Padre Celestial.—Rom. 12:1

Aquellos que responden a este llamamiento han

“vagado por el desierto” de este “de este presente siglo malo”. No están satisfechos con su vida actual, pero en su lugar se sienten como “extranjeros y peregrinos” deseando que se “abstengáis de las pasiones carnales que combaten contra el alma”. (Sl. 107:4; Gál. 1:4; 1 Pe. 2:11) Ellos son aquellos que tienen “hambre y sed de justicia”—Mat. 5:6

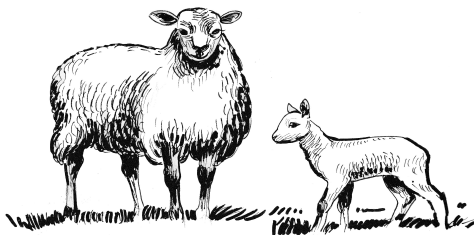
Si bien muchos escuchan sobre el llamamiento celestial, pocos escogieron aceptar esta invitación para hacer un pacto mediante el sacrificio. (Mat. 22:14) Esta invitación celestial ha sido respondida por uno de aquí y por otro de allá. Están reunidos “del oriente y del occidente, del norte y del sur” (Sl. 107:3) Aún menos, solo un “rebaño pequeño” resulta ser “fiel” hasta la muerte.—Lucas 12:32; Ap. 2:10; 17:14

Aquellos que aceptan el llamamiento celestial desean vivir cerca de nuestro Padre Celestial para saber más sobre él y para servirlo y a su pueblo de cualquier manera que él permita. Ellos no están satisfechos con las condiciones actuales. En su lugar, su sentimiento en la vida actual es el de que su “ciudadanía está en los cielos” y que ellos “no tienen una ciudad permanente” aquí sobre la tierra pero “buscan la que está por venir”.—Fil. 3:20; Heb. 13:12-14, LBLA

La “ciudad permanente” que buscan es la fase celestial del reino de Dios, la “nueva Jerusalén” que es prometida “Al que venciere”. (Ap. 3:12) Esta “ciudad santa, la nueva Jerusalén” es descrita como “que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo” que es Jesucristo. (Ap. 21:2,9; 2 Cor. 11:2) La nueva Jerusalén será toda la clase de Cristo en la gloria, Jesús es “cabeza” junto con los miembros de su “cuerpo”. (Efe. 5:23,24) Esta fase celestial del reino no será visible para el resto de la

humanidad, que será restaurada a la perfecta vida humana en la fase terrenal del reino, según su obediencia a las leyes divinas entonces vigentes.

En la actualidad, aquellos que aceptan el llamamiento celestial son conducidos por el Señor por un “camino recto”, una senda “angosta”, la cual se indica mediante las instrucciones y preceptos dados en la palabra de Dios. (Sl. 107:7, LBLA; Mat. 7:14) Ellos no solo se deleitan al escudriñar la palabra de Dios para encontrar sus las indicaciones de este “camino recto” pero, luego de encontrarlas las “comen”, es decir, se esfuerzan por aplicar personalmente los principios y las normas de Dios. (Jer. 15:16; Sant. 1:22) El Señor indica en el camino correcto, el mejor camino, por lo que debemos tener en cuenta sus indicaciones y ser rápidos en seguirlas. ■



© Morphart-stock.adobe.com

Morar en la casa del Señor

Versículo clave:
“¡Cuán bienaventurados son los que moran en Tu casa! Continuamente te alaban.”

— **Salmo 84:4**,
La Biblia de Las Américas

**Escrituras
Seleccionadas:**
Salmo 84:1-12

A TRAVÉS DE LOS Sal-
mos se nos alienta a aumentar
nuestra devoción y amor por
Dios. Leemos: “Anhela mi
alma, y aun desea con ansias
los atrios del SEÑOR; mi
corazón y mi carne cantan
con gozo al Dios vivo”. (Sl.
84:2, LBLA) El salmista
luego señala ejemplos de la
naturaleza, como las aves y

golondrinas que buscar para encontrar una casa o nido y lo compara con aquellos que buscar a nuestro Padre Celestial—Vv. 3

Nuestro Versículo Clave comienza con la frase: “¡Cuán bienaventurados son los que moran en Tu casa! Aquí, la palabra “morar” significa permanecer y se utiliza en otro lugar de los Salmos para describir la permanencia continua en la presencia de Dios—Sl. 23:6; 27:4

La palabra “casa” en el hebreo original denota una estructura fija o establecida, en contraposición a una vivienda temporal como una tienda. Cuando se utiliza en un contexto asociado con Dios, esta palabra hebrea también significa un lugar de culto o santuario. Leemos: “Traerás

lo mejor de las primicias de tu tierra a la casa del SEÑOR tu Dios”. (Éxodo 23:19, LBLA) Aquí, la expresión “primicias” es utilizada para representar simbólicamente a aquellos que han aceptado el llamamiento celestial durante la actual Era Evangélica y quienes se esfuerzan por seguir los pasos de Cristo.—Lev. 23:15-20; Rom. 8:23; Sant. 1:18; Ap. 14:4

No obstante, existen condiciones y exigencias que le permitirán a uno morar en la casa del Señor. Una de dichas exigencias es obedecer o “guardar” las palabras de Jesús. Él dijo “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos con él morada”. (Juan 14:23) A través del salmista, Dios identifica otro requisito que indica “No habitará dentro de mi casa el que hace fraude: El que habla mentiras no se afirmará delante de mis ojos.—Sl. 101:7

Moraremos continuamente en la casa del Señor “con tal que mantengamos nuestra confianza y la esperanza que nos enorgullece”. (Heb. 3:6, Nueva Versión Internacional) Aquellos que perseveran con coraje y fe superan las seducciones y tentaciones del mundo. Lo hacen muriendo diariamente a su espíritu, esperanzas y ambiciones y, en su lugar, viviendo más y más en Dios. Así, si morarán en la casa del Señor, en su templo santo y espiritual para siempre. Mientras tanto, en la actualidad, ellos moran en el lugar santo de consagración y adopción como hijos de Dios.—Rom 8:12-18

Aquellos que se vuelven miembros, “piedras vivas” en la casa espiritual de Dios, el templo celestial que se encuentra ahora siendo edificado, sí morarán en la casa del Señor para siempre. (1 Pe. 2:5, LBLA) Si demuestran ser fieles hasta la muerte, ellos serán un “columna” en el templo de Dios y ministros de su gracia y verdad para la humanidad—Ap. 3:12

Nuestro Versículo Clave será verdadero también en el reino que pronto vendrá a la tierra, cuando toda la humanidad sea invitada a acercarse a Dios en la adoración. Recibirán la oportunidad de acercarse al templo espiritual, la clase de Cristo, y a través de ellos acercarse al Padre Celestial. En ese momento, todos los que oigan el verdadero mensaje de la Palabra de Dios y lo obedezcan estarán realmente alegres.—Ap. 21:1-5 ■



© Morphart-stock.adobe.com

La Pascua De La Nueva Creación

PARTE 3

“Nosotros, con ser muchos, somos un solo cuerpo”

“La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros con ser muchos somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan.” (1 Corintios 10:16,17).

El Apóstol, bajo la guía del Espíritu Santo, establece aquí ante nosotros un pensamiento adicional con relación a esta Conmemoración instituida por nuestro Señor. Él no niega, sino que afirma que fundamentalmente el pan representa el cuerpo partido de nuestro Señor, sacrificado a favor nuestro; y que la copa representa su sangre que sella nuestro perdón. Pero ahora además, él demuestra que nosotros, como miembros de la *Ecclesia*, miembros del cuerpo de Cristo, los futuros Primogénitos, la Nueva Creación, nos convertimos en partícipes con nuestro Señor, en su muerte, copartícipes en su sacrificio, y como él lo estableció en otro momento, es una parte de nuestro

pacto “Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia.” (Colosenses 1:24). El pensamiento aquí es el mismo que lo expresado por las palabras: “Nosotros somos bautizados en *su muerte*”. Así mientras la carne de nuestro Señor fue el pan partido por el mundo, los creyentes de esta edad Evangélica, los fieles, los elegidos, la Nueva Creación, son tomados en cuenta como partes de un solo pan, “miembros del cuerpo de Cristo”; y por lo tanto, en el partimiento del pan, después de reconocerlo como el sacrificio de nuestro Señor a favor nuestro, debemos reconocerlo además como el partimiento o sacrificio de toda la Iglesia, de todos aquellos que están consagrados a morir con él, a ser partidos con él, a compartir sus sufrimientos.

Este es el pensamiento exacto que está contenido en la palabra “comunión”, unión común o participación común. De ahí que con cada *celebración anual* de esta Conmemoración no solamente reconocemos que la fundación de todos nuestros pensamientos se basan en el sacrificio del amado Redentor por nuestros pecados, sino que revivimos y renovamos nuestra propia consagración para “morir con él, que también podemos vivir con él”, para “sufrir con él, que podemos también reinar con él”. ¡Cuán grandiosamente amplio es el significado de esta celebración divinamente instituida! No estamos colocando los símbolos en lugar de la realidad, con seguridad nada podría estar más allá de la intención de nuestro Señor, ni más allá de la comprensión de nuestra parte. La comunión del corazón con él, la alimentación del corazón en él, la comunión del corazón con los miembros compañeros del cuerpo, y la comprensión del corazón del significado de nuestro pacto de sacrificio, es la comunión real, que, si somos fieles, realizaremos día a día a lo largo del año,

siendo partido diariamente con nuestro Señor, y alimentándonos continuamente de su mérito, creciendo en fortaleza en el Señor y en la fuerza de su poder. ¡Qué bendición recibimos con la celebración de esta Conmemoración! ¡Qué ardor en el corazón por una mayor apreciación y crecimiento en gracia y conocimiento, y por una mayor participación en los privilegios del servicio para los que hemos sido llamados, no solamente en relación al presente sino también en relación al futuro!

Se debería tener en cuenta que el Apóstol incluye la copa por la que nosotros alabamos a Dios. “¿No es la comunión [unión común o participación común] de la sangre de Cristo?”. ¡Oh, qué pensamiento, que el verdaderamente consagrado “rebaño pequeño” fiel de la Nueva Creación a través de esta edad Evangélica, ha sido Cristo en la carne, y que el sufrimiento y tribulaciones y oprobio y muerte de estos a quienes el Señor ha aceptado y reconocido como “miembros de su cuerpo” en la carne, son todos considerados como partes de su sacrificio, porque son asociados con él y bajo él que es nuestra Cabeza, nuestro Sacerdote Principal! ¿Quién que comprenda la situación, quién que aprecie la invitación de Dios para ser miembro de su *Ecclesia*, y la consecuente participación en el sacrificio de la muerte ahora, y en el trabajo glorioso del futuro, no se regocija de ser tomado en cuenta como digno de sufrir reproches en nombre de Cristo, y para dedicar su vida en el servicio de la Verdad, como miembros de su carne y de sus huesos? ¿Qué importa a estos que el mundo no nos conozca, así como no lo conoció? (1 Juan 3:1) ¿Qué importa a estos, aunque ellos deberían sufrir la pérdida de la más exquisitas ventajas terrenales, si ellos como el cuerpo de Cristo no pueden sino ser considerados dignos de una participación con el Redentor en sus futuras glorias?

A medida que éstos crecen en gracia y conocimiento y fervor, cada uno de ellos es capaz de sopesar y juzgar la materia desde el punto de vista del Apóstol, cuando dijo: “Y ciertamente aún estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse.” (Filipenses 3:8; Romanos 8:18).

Otro pensamiento está en relación con el amor mutuo, la simpatía y el interés que debería prevalecer entre todos los miembros de este “cuerpo único” del Señor. A medida que el Espíritu del Señor recae más y más para dirigir nuestros corazones, esto nos hará regocijar en toda ocasión para hacer el bien a todos los hombres mientras tengamos la oportunidad, pero especialmente a la familia de la fe. A medida que nuestro amor crece por la humanidad entera, este amor debe crecer especialmente hacia el Señor, y consecuentemente, de manera especial también hacia aquellos que él reconoce, quienes tienen su espíritu y que están buscando seguir sus mismos pasos. El Apóstol indica que la magnitud de nuestro amor por el Señor será indicada mediante nuestro amor por nuestros hermanos, los miembros compañeros de su cuerpo. Si nuestro amor debe ser tal que soporte todas las cosas y resista todas las cosas en relación con los demás, ¡cuánto más esto será cierto con respecto a estos miembros compañeros del mismo cuerpo, que están unidos tan estrechamente a nosotros a través de nuestra Cabeza! No sorprende que el Apóstol Juan declare que una de las prominentes evidencias de nuestro paso de la muerte a la vida es que amamos a nuestros hermanos (1 Juan 3:14). Ciertamente, recordamos que al hablar de cómo colmamos la magnitud de las

aflicciones de Cristo, el Apóstol Pablo añade: “Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia.” (Colosenses 1:24).

El mismo pensamiento está nuevamente presente en las palabras: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.” (1 Juan 3:16). ¡Qué tal hermandad es la que, de esa manera, esto implica! ¿De qué otra manera podríamos nosotros encontrar semejante amor hacia los hermanos que renunciando a la vida misma a favor de ellos? Estamos ahora hablando de cómo el Señor puede estar gustoso de aplicar el sacrificio de la Iglesia, representado por “el macho cabrío para Jehová” como parte de los sacrificios del Día de la Expiación.* Nosotros simplemente, con el Apóstol, notamos el hecho que, hasta donde nos concierne, el sacrificio, la renuncia-ción a la vida, se debe hacer principalmente por los hermanos, en su servicio; el servicio hacia el mundo corresponde principalmente a la edad que está por llegar, el Milenio. Bajo las condiciones actuales, nuestro tiempo, talentos e influencia y medios son más o menos gravados a los demás (la esposa o hijos o los padres ancianos u otros que dependan de nosotros), y estamos obligados también a la provisión de las “cosas necesarias”, “decentes” y “honestas ante todos los hombres” como nuestra responsabilidad. De aquí que encontramos comparativamente poco lo que queda a nuestra disposición para el sacrificio, para entregarse por los hermanos, y este poco, el mundo y la carne y el mal están continuamente intentando reclamarnos, y desviarnos del sacrificio al cual nos hemos consagrado.

* Sombras del Tabernáculo de los Mejores Sacrificios, p. 45.

En estos tiempos en los que prevalece el mal, la elección de la Iglesia por parte del Señor es para intentar que las circunstancias del entorno puedan poner a prueba la magnitud del amor y la lealtad de cada uno hacia él y lo suyo. Si nuestro amor fuera indiferente, los reclamos del mundo, la carne y el Adversario serán demasiado para nosotros, y atraerán nuestro tiempo, nuestra influencia, nuestro dinero. Por otro lado, en esa misma proporción tendremos el placer de sacrificarlos para él, no solamente para dar nuestro excedente de energía e influencia y medios, renunciando a estos mientras encontremos la oportunidad en el servicio a los hermanos, sino que adicionalmente, este espíritu de devoción hacia el Señor nos empujará a restringir dentro de los razonables límites económicos las demandas del hogar y de la familia, y especialmente de uno mismo, que podamos tener lo máximo para sacrificar en el altar del Señor. De la misma manera que nuestro Señor estuvo durante tres años y medio partiendo su cuerpo, y durante tres años y medio dando su sangre, su vida y sólo finalizó estos sacrificios en el Calvario, de ese mismo modo con nosotros: la renunciación a nuestras vidas por los hermanos está en los pequeños asuntos del servicio, temporal o espiritual, siendo superior el espiritual, y por lo tanto el más importante, aunque aquel que cierre su compasión hacia un hermano que tenga una necesidad temporal daría evidencia de que él no tuvo al Espíritu del Señor dirigiendo su corazón correctamente.

LA CONMEMORACIÓN AÚN APROPIADA

Como ya lo hemos visto, la celebración original de la Conmemoración de la muerte de nuestro querido Redentor (con el significado aun mayor atribuido a él por el

Espíritu Santo a través del Apóstol, que incluye nuestra participación o comunión con él en su sacrificio) era en una fecha particular: el decimocuarto día del primer mes, según el calendario judío.* Y la misma fecha, considerada con el mismo método de conteo, aun es apropiada y llamará la atención a todos aquellos que se están preguntando por los “antiguos caminos” y están deseosos de caminar por ellos. Esta conmemoración anual de la muerte del Señor, etc., de la manera en que fue instituida por nuestro Señor y observada por la Iglesia de los primeros cristianos, ha sido restablecida recientemente entre aquellos que ingresan a la luz de la Verdad Presente.

No es sorprendente que, mientras se iba perdiendo de vista cada vez más el significado real de la cena simbólica del Señor, el decoro que va adjunto a su celebración anual también fue descuidado. Esto se hará más fácil de comprender cuando entendamos la historia de este asunto, como sigue:

Después que los apóstoles y sus sucesores inmediatos murieron, aproximadamente en el siglo tercero, el Catolicismo Romano empezó a influir en la Iglesia. Una de sus falsas doctrinas era en el sentido de que mientras la

* El año hebreo empieza en la primavera, con la primera aparición de la luna nueva después del Equinoccio de Primavera. El 14° día se puede contar fácilmente, pero no se debe confundir con la Semana de Fiesta que empezaba el 15° día y continuaba durante una semana (la celebración judía). Esa semana de pan sin levadura, celebrada por los judíos con regocijo, corresponde al futuro entero de un cristiano, representando especialmente el año completo hasta la próxima celebración de la Cena Conmemorativa. Para los judíos, el sacrificio del cordero era un medio para lograr el fin, un inicio de la fiesta de la semana, que tenía su especial significado. Nuestra Conmemoración se relaciona con la muerte del Cordero y pertenece por lo tanto al 14 de Nisán (el primer mes). Más aun, nosotros debemos recordar que con el cambio del conteo de las horas del día, la noche del 14 de Nisán correspondería con lo que ahora llamaríamos la noche del 13.

muerte de Cristo aseguraba la cancelación de la antigua culpa, no podía compensar las transgresiones personales después que el creyente haya entrado en relación con Cristo, después del bautismo; pero que un nuevo sacrificio era necesario para tales pecados. En base a este error se edificó la doctrina de la Misa, que como ya lo hemos explicado de algún modo, era considerada como un nuevo sacrificio de Cristo para los pecados particulares del individuo para quien se ofrecía la Misa, o sacrificio, el nuevo sacrificio de Cristo realizado para hacer parecer razonable la afirmación de que el sacerdote que oficiaba la Misa tenía el poder para convertir el pan y el vino en el cuerpo real y en la sangre real de Cristo, y de ese modo, al partir la hostia, partir o sacrificar al Señor nuevamente por los pecados del individuo por quien se realizaba la Misa. Ya hemos mostrado que desde el punto de vista divino esta enseñanza y esta práctica era una aversión ante el Señor, “y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora.” (Daniel 11:31; 12:11). *

Esta falsa doctrina se hizo sombría y a raíz de ésta se produjeron los innumerables errores de la Iglesia, la gran caída o apostasía que constituyó el sistema romano, el principal de todos los anticristos. Siglo tras siglo se sucedieron con esta visión como la predominante, la controladora sobre toda la Cristiandad, hasta que en el siglo decimosexto se inició el movimiento de la Gran Reforma para suscitar una oposición, y de manera proporcional se comenzó a encontrar las verdades que habían estado escondidas durante la Edad Media bajo las falsas doctrinas y las falsas prácticas del anticristo. A medida que los Reformistas recibieron mayores luces respecto del testimonio completo de la Palabra de Dios, esas luces incluyeron

* Vol. II, Cap. IX, y Vol. III, Cap. IV (en inglés).

perspectivas más claras sobre el sacrificio de Cristo y ellos empezaron a ver que la teoría papal y la práctica de la misa eran en realidad la “abominación desoladora”, y ellos lo desautorizaron con gran autoridad. La Iglesia de Inglaterra revisó su libro de oraciones en 1552 y excluyó la palabra misa.

La costumbre de la Misa reemplazó prácticamente a las celebraciones anuales de la Cena Conmemorativa del Señor, pues las Misas eran oficiadas a intervalos *frecuentes con vistas a limpiar repetidamente a la gente del pecado*. Como los Reformistas vieron este error, ellos intentaron regresar a la simplicidad original de la primera institución y desconocieron la Misa romana considerándola como una celebración impropia de la Cena Conmemorativa del Señor. Sin embargo, al no ver la cercana relación entre el tipo de la Pascua y el antitipo de la muerte de nuestro Señor, y la Cena como una *conmemoración* del antitipo, ellos no captaron el pensamiento de la corrección de su observación en base a su repetición *anual*. De aquí que nosotros encontramos que entre los protestantes algunos la celebran mensualmente, otros cada tres meses y algunos cada cuatro meses, usando cada confesión su propio criterio, celebrándola los “Discípulos” semanalmente debido a un malentendido respecto del bautismo. Ellos basan su celebración semanal de la cena en las afirmaciones de los Hechos de los Apóstoles en el sentido de que la Iglesia de los primeros cristianos se reunía el primer día de la semana y en tales reuniones realizaban el “partimiento del pan” (Hechos 2:42, 46; 20:7).

Ya hemos observado* que estas celebraciones semanales no eran conmemoraciones de la muerte del Señor, sino por el contrario, eran fiestas de amor que conmemoraban

* Véase el capítulo anterior.

su resurrección y el número de particiones del pan que ellos disfrutaron con él en los varios primeros días durante los cuarenta días antes de su ascensión. La remembranza de estas particiones del pan, en las que sus ojos fueron abiertos y ellos lo conocieron, probablemente los condujo a reunirse cada primer día de la semana desde ese entonces y no incorrectamente, los condujo a tener una comida social, un partimiento del pan. Como ya lo hemos notado, *la copa nunca se menciona en relación con éstos*, mientras que, en cada mención de la Cena Conmemorativa del Señor, ésta ocupa plenamente un lugar tan importante como el que ocupa el pan.

¿Quiénes pueden celebrar?

Ante todo, nosotros respondemos que nadie que no confíe en la preciosa sangre de Cristo, como sacrificio por los pecados, debería participar de la Pascua. Nadie debería participar de la Pascua excepto por la fe que tenga en la sangre del derramamiento sobre los marcos de las puertas y dinteles de su tabernáculo terrenal, que habló de paz para nosotros, en vez de llamar a la venganza como lo hizo la sangre de Abel (Hebreos 12:24). Nadie debería celebrar la fiesta simbólica a menos que en su corazón tenga la verdadera fiesta y haya aceptado a Cristo como su Dador de vida. Además, nadie debe participar de la Pascua a menos que sea un miembro del cuerpo único, del pan único, y a menos que haya considerado sacrificar su vida, su sangre con la del Señor en el mismo cáliz o copa. Aquí hay una clara línea que diferencia no solamente a los creyentes y a los no creyentes, sino también a los consagrados y a los no consagrados. Sin embargo, la línea debe ser trazada por cada individuo para sí mismo, mientras que lo que profesa sea bueno y atestiguado razonablemente por me-

dio de su conducta externa. Ningún miembro debe ser el juez de otro, ni tampoco la Iglesia debe juzgar, a menos que, como ya se ha indicado, el asunto haya llegado ante ésta de alguna forma definida de acuerdo con las regulaciones prescritas. Por el contrario, los ancianos o representantes de la Iglesia deberían establecer ante aquellos que se congregan, estos términos y condiciones: (1) *fe en la sangre*, y (2) *consagración al Señor* y a su servicio, aun hasta la muerte. Ellos deberían entonces invitar a todos los que piensan así y se consagran así para unirse y celebrar la muerte del Señor y la suya propia. Ésta y todas las invitaciones relacionadas con esta celebración deberían ser establecidas muy ampliamente de modo que no provoque ninguna impresión de sectarismo. Todos deberían ser bienvenidos para participar, si ellos están en completo acuerdo con respecto a estas verdades fundamentales, la redención por medio de la preciosa sangre y una completa consagración hasta la muerte, dándoles justificación.

Aquí es apropiado considerar las palabras del Apóstol:

“De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el juicio del Señor, juicio come y bebe para sí.” (1 Corintios 11:27-29).

La advertencia del Apóstol aquí parece estar en contra de una descuidada celebración de esta Conmemoración, que haría de ésta una fiesta, y en contra de invitar a personas de una manera confusa. Ésta no es tal fiesta. Es una Conmemoración solemne, dirigida solamente a los miembros del “cuerpo” del Señor, y cualquiera que no perciba

esto, cualquiera que no perciba que el pan representa la carne de Jesús y que la copa representa su sangre, estaría bajo juicio al ser partícipe de ella, no bajo “condena” como dice la versión común, sino un juicio ante el Señor, y un juicio también ante su propia conciencia. Por ello, antes de participar de estos símbolos, cada individuo debería decidir por sí mismo si cree y confía o no en que el cuerpo partido y la sangre derramada de nuestro Señor es su precio de rescate, y en segundo lugar, si ha hecho la consagración o no de su todo, de manera que pueda ser tomado en cuenta como un miembro de ese “cuerpo único”.

Habiendo notado quiénes están excluidos y quiénes tienen de manera apropiada acceso a la mesa del Señor, vemos que todo miembro verdadero de la *Ecclesia* tiene el derecho de participar, a menos que el derecho haya sido retirado por medio de una acción pública de toda la Iglesia, de acuerdo con la regla dictada para eso por el Señor (Mateo 18:15-17). Todos pueden celebrar, todos desearán celebrar, ajustándose a la amonestación final de nuestro Maestro, “Comed de ello todos; bebed de ella todos”. Ellos se darán cuenta que a menos que comamos la carne del Hijo del Hombre, y bebamos su sangre, nosotros no tenemos vida en nuestro interior, y que si ellos han participado realmente en corazón y en mente de los méritos del sacrificio del Señor, y de su vida, que es a la vez un privilegio y un placer de conmemorarlo, y de confesarlo ante los demás y ante el Señor.

(La siguiente parte del libro “La Nueva Creación” se publicará en la edición de enero - febrero de 2022)